

PALOMA  
SÁNCHEZ-GARNICA

# El Gran Arcano



NOVELA

booket

# **Paloma Sánchez-Garnica**

## El Gran Arcano

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Paloma Sánchez-Garnica, 2006  
c/ o Dos Passos Agencia Literaria  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Fotografía de la cubierta: © Andy & Michelle Kerry / Trevillion Images  
Fotografía de la autora: © Ricardo Martín  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2018

Depósito legal: B. 29.161-2017  
ISBN: 978-84-08-18111-8  
Composición: La Letra, S. L.  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impresión en España

*Enero del año 2000*

Miré sorprendida desde la ventanilla del coche el mar de luces rojas que se extendía en la oscuridad. Nunca había visto una central eólica de noche, y me pareció una visión única. Pero el verdadero espectáculo se encontraba en los bajos de la vieja Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, donde me esperaba algo sorprendente.

Carlos me había ido a buscar a Salamanca, lugar al que me había trasladado durante dos meses para preparar un trabajo de investigación sobre unos manuscritos descubiertos en el archivo de la catedral.

El timbre del portero automático sonó de forma ininterrumpida hasta que descolgué el telefonillo. Era él, que insistía en verme inmediatamente. Abrí la puerta del apartamento que le había alquilado a una anciana que residía en el mismo bloque. Carlos entró como una exhalación y cerró la puerta tras de sí. Jadeaba como si hubiera venido corriendo desde el otro extremo del país.

—¿Qué ocurre? —le inquirí impaciente. Las doce y media de la noche de un lunes del mes de enero no me

parecía una hora adecuada para hacer una visita de cortesía, así que imaginé que tenía algo importante que decirme—. ¿A qué viene esta inesperada visita, Carlos? —le insistí mirando el reloj; él intentaba recuperar el aliento perdido en los diez tramos de escaleras que había subido corriendo porque no había tenido paciencia suficiente como para esperar el ascensor—. La verdad..., no te esperaba a estas horas. —Sonreí al ver su expresión—. ¿Es que vienes corriendo desde Zaragoza?

Carlos me miró y enseguida me di cuenta de que ocurría algo grave, porque no vi ni un atisbo de humor en su gesto. Me cogió del brazo y mientras me guiaba hacia el interior me decía en voz baja y entrecortada:

—Recoge tus cosas, tenemos que ir de inmediato a Zaragoza. —Se desplomó sobre el sofá y cerró los ojos frotándose los ojos con gesto cansado—. Por fin han encontrado los folios perdidos.

—¿Y me vienes a buscar desde allí? —le dije sorprendida—. Me podías haber llamado y habérmelo dicho...

Negó con la cabeza levantando la palma de la mano para que me callase.

—Estaba en Lisboa, en un ciclo de conferencias. Me avisó el profesor Dorado. —Respiraba cada vez más calmado—. No te localizaba, me dijo que no contestabas a tu móvil; yo tampoco he conseguido ponerme en contacto contigo, así que me dio tu dirección y me pidió que te recogiera y que nos presentáramos inmediatamente en la facultad.

—Ah... —dije poniendo un gesto de contrariedad. Me acerqué a mi bolso y saqué el móvil para comprobar que estaba apagado—. Lo tengo sin batería, no me había dado cuenta. —Saqué de un cajón el cargador y lo enchufé al móvil—. Pero ¿qué ocurre? —le pregunté mientras comprobaba si el aparato comenzaba a cargarse—. ¿Qué han encontrado exactamente? —Mi mirada se posó sobre

Carlos, todavía no terminaba de entender a qué venía tanta prisa.

—Recoge tus cosas, te contaré lo que sé en el coche.

Como no me movía me hizo un gesto de premura con las manos.

Estaba en pijama y empecé a dar vueltas como una estúpida por la estancia sin saber exactamente qué hacer. Él me observaba y, de repente, se levantó, se puso delante de mí, me agarró con fuerza de los hombros y me miró a los ojos con gesto serio.

—Laura, tenemos que marcharnos enseguida. Date una ducha rápida, mete algo de ropa en tu maleta y ¡vámonos! —Permanecemos inmóviles y en silencio, hasta que me soltó y se dirigió hacia la cocina—. Voy a comer algo, tengo un hambre terrible. ¿Quieres que prepare unos bocadillos? Nos vendrán bien para el viaje. ¿Tienes algo de pan?

—Sí, hay una barra entera en una bolsa que está colgada detrás de la puerta —dije entrando en el baño para ducharme—, y creo que tengo algo de embutido en la nevera.

Llevábamos un buen rato en completo silencio. Carlos conducía con suavidad su potente coche de gama alta. Estaba orgulloso de esa máquina, que le hacía sentirse algo más poderoso en el camino de asfalto.

Carlos era de esos hombres que poseen un atractivo natural: alto, delgado, de porte elegante y aspecto sereno. Su cabello se tornaba blanco con demasiada rapidez para lo que él hubiera deseado; tenía la frente despejada y las facciones de su cara, casi perfectas, le daban un cierto aire seductor. Cuando le conocí me pareció algo estirado, un estúpido lleno de complejos que guardaba bajo un aspecto fascinante. Con el tiempo, supe apreciarle como

un buen compañero de trabajo, sin necesidad de caer rendida a sus pies y, en cierto modo, él me agradecía esa actitud.

Habíamos estado hablando toda la noche. Me contó que el profesor Dorado le había llamado muy nervioso, instándole a que me recogiera y nos presentásemos en la facultad lo antes posible.

—Pero ¿es cierto que ya se han encontrado los bifolios? —pregunté incrédula.

—Creo que sí —contestó Carlos—, aunque no estoy seguro.

—¿Cómo que no? —Le miré sorprendida—. ¿No has dicho que los han encontrado?

—Sí, te lo he dicho, pero creo que había algo extraño en la llamada de don Armando.

—Pero vamos a ver, ¿qué te dijo exactamente?, ¿y a qué viene tanta prisa? —Mi paciencia estaba empezando a acabarse. Para salir corriendo en mitad de la noche, prácticamente con lo puesto, tenía que haber una razón de peso.

—Cuando hablé con él me dijo que nos informaría cuando llegásemos. Le pregunté si era algo sobre los bifolios y el profesor me contestó que sí. Entonces le pregunté si los habían encontrado y me respondió que algo así.

—¿Que algo así? —No terminaba de entender lo que Carlos me estaba contando. El profesor Dorado, un hombre de lo más prudente en todas sus actuaciones, le había llamado a Lisboa, indicándole que me recogiera y que de inmediato acudiéramos a su despacho. Esas prisas, conociendo al profesor, sólo podían proceder de una cosa, y era el hallazgo de unos manuscritos perdidos que desde hacía diez años le tenían totalmente obsesionado—. ¿No te dijo nada más?

—Sí, bueno... —Se quedó pensativo unos instantes—. Antes de colgar me dijo que cuando estuviéramos en su

despacho nos fijásemos muy bien en todo, que pusiéramos toda nuestra atención en lo que íbamos a ver.

—¿Eso te dijo? —le pregunté extrañada—. ¿Qué quiere decir con que nos fijemos bien?

—No lo sé —contestó cambiando la música con la mano derecha—. Eso mismo me pregunté yo. De todas formas, le noté algo raro, como si estuviera nervioso.

—¿Nervioso don Armando? —Mi pregunta era obvia; el profesor era la persona más sosegada que jamás había conocido: nada ni nadie le hacían perder la calma, todo en él era paciencia y tranquilidad.

Carlos asintió con la cabeza.

—Creo que le pasaba algo, o que alguien estaba con él. Era como si me estuviera queriendo decir algo y no pudiera hacerlo. ¿Me entiendes? —Giró el rostro hacia mí por unos segundos para devolver de inmediato su atención a la carretera.

—Pero... —la perplejidad también se iba apoderando de mí—, si te dijo que habían encontrado los bifolios perdidos de las Huelgas, debería estar feliz. ¡Ése es el sueño de su vida! —Entonces fui yo la que le miró, aunque él en ningún momento retiró sus ojos de la calzada.

—Ya lo sé —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. Hay algo en todo esto que no me cuadra. Pero comprobaremos lo que ocurre en poco tiempo.

La música invadió el habitáculo del coche, llenando con su melodía cada rincón de mi ser. Respiré profundamente. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué era lo que hacía en el coche de Carlos camino de Zaragoza? En pocas horas debía estar en mi trabajo. ¿Es que estaba perdiendo el juicio? Contraje los músculos de la cara, me sentía incómoda por la situación. Tal vez nos estábamos precipitando. Tal vez deberíamos haber esperado al día siguiente y hablar con don Armando para saber lo que ocurría. ¿A qué venía tanta prisa?



—¿Crees que algún día aparecerán esos dichosos bifolios? —le pregunté tras un largo silencio.

Volvió a apartar por un instante la vista de la carretera para mirarme.

—Creo, Laura, que esos bifolios pueden traer muchos problemas.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Es una corazonada.

Al pasar por aquel mar de luceillas rojas de la central eólica, cerca ya del final de nuestro viaje, no dejaba de pensar en lo que me había contado mi compañero de la facultad.

Me encontraba a punto de caer en un placentero sueño cuando la voz de Carlos me hizo abrir los ojos.

—Estamos llegando —dijo reduciendo la velocidad.

Me fijé en la Feria de Muestras que se extendía a mi derecha antes de dejar la Nacional II y adentrarnos en el desvío que nos llevaría hacia la Ciudad Universitaria. Miré el reloj del coche: eran las seis de la mañana. La noche era cerrada y debía de hacer un frío de perros, porque el termómetro del salpicadero marcaba tan sólo un grado. Dentro del habitáculo del coche la temperatura era agradable, pero me subí el cuello del jersey pensando en el frío del exterior.

Llegamos ante la valla de seguridad de acceso a la Ciudad Universitaria. Carlos detuvo el coche delante de la barrera que nos impedía el paso al interior del recinto. Desde su garito, el guarda miró con curiosidad quiénes éramos e hizo un gesto de extrañeza al ver a alguien a esas horas. Carlos bajó la ventanilla y saludó al vigilante. El hombre hizo un gesto de afirmación y procedió a levantar la barrera, mientras intentaba atisbar, sin ningún disimulo, quién le acompañaba. Carlos subió la ventanilla e iniciando la marcha se echó a reír e hizo un movimiento de cabeza. Lo cierto es que no me hizo mucha gracia que el

guarda pensara alguna cosa rara. Odiaba las habladurías, pero a esas horas cualquier pensamiento era posible.

El reloj marcaba las seis y veinte de la mañana. Dejamos el coche frente al estanque situado ante la puerta principal de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando me bajé, el cambio de temperatura fue como una bofetada en la cara. Me puse con rapidez el abrigo que se encontraba en el asiento trasero y me calé hasta los ojos un gorro de lana. El ruido provocado por las puertas del coche al cerrarse retumbó en el silencio del campus. Reinaba una calma absoluta. La niebla lo envolvía todo en un halo de misterio. Nos dirigimos hacia el edificio de la facultad pero, en vez de subir por las escaleras principales, giramos hacia la derecha y llegamos hasta la puerta trasera. Carlos se había sacado un manajo de llaves del bolsillo. Abrió la pequeña verja que nos separaba de la entrada y la dejamos entornada. Subí detrás de él los cuatro escalones hasta llegar a la puerta de acceso. Intentó introducir varias llaves sin conseguir abrirla. Se giró hacia la farola que teníamos a la espalda para mirar mejor las llaves; eligió una y, por fin, la hizo girar sin ningún esfuerzo. Una vez dentro, la introdujo de nuevo en la cerradura y cerró.

Nuestros pasos resonaban en el silencio del edificio, tan sólo iluminado por las pequeñas luces de emergencia que había en lo alto de algunos tramos. Me sentí como una furtiva caminando por unos corredores que conocía perfectamente pero que en aquel momento presentaban ante mis ojos un aspecto lóbrego, envuelto en sombras, en la inquietante calma de la noche. Mientras avanzábamos en silencio, volví a pensar que había sido una locura estúpida quedar con don Armando en aquel lugar. No me sentía segura y, sobre todo, no creía que fuera correcto entrar de aquella forma y a esas horas en la facultad.

Llegamos al gran vestíbulo principal y, después de atravesarlo, nos dirigimos por el pasillo hasta las escaleras

que nos debían conducir al despacho de don Armando, donde nos estaría esperando, según le había indicado a Carlos. Llegamos al último corredor y, al final del mismo, divisé una luz que salía por la parte inferior de la puerta del lugar al que nos dirigíamos. Todo estaba en completo silencio, rotó tan sólo por nuestros pasos acelerados. Al llegar delante de la puerta, Carlos golpeó suavemente con los nudillos sobre el letrero de madera en el que ponía con letras blancas Armando Dorado Díaz. Catedrático de Historia Medieval. No se oyó nada. Me apoyé cansada en la pared. Tocó de nuevo, esta vez un poco más fuerte, y acercó el oído a la puerta.

—Don Armando —dijo en voz baja—, ¿se puede?...  
somos nosotros.

No hubo respuesta. Carlos miró a sus pies, iluminados por la luz que salía del interior. Me miró contrariado.

—¡Qué raro! Se habrá quedado dormido.

—No me extrañaría —dije mirando mi reloj de pulsera—. A estas horas es lo que deberíamos estar haciendo todos.

Me sentía agotada. No había dormido nada durante el viaje. Habíamos estado hablando la mayor parte del tiempo y ahora el cansancio empezaba a hacer mella en mí. Me sentía destemplada y mi estómago reclamaba una taza de café bien caliente. En el fondo estaba deseando que el profesor se hubiera ido a dormir; eso significaría que nosotros tendríamos que hacer lo mismo.

Carlos dio varios golpes sobre la puerta, esta vez con más fuerza. Tras esperar unos segundos en absoluto silencio puso la mano sobre el picaporte, lo hizo girar despacio y la puerta empezó a abrirse. La luz del fluorescente del interior salió a raudales por la abertura que la puerta dejaba escapar. Miré a Carlos y vi que su cara estaba cambiando, de un gesto de suma prudencia por el temor a despertar al profesor, a una cara de sorpresa y asombro.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí? —dijo estupefacto.

Noté que había algo que le impedía abrir del todo. Me puse tras él. Mi rostro cambió de inmediato. Desde el umbral de la puerta medio abierta, el espectáculo era dantesco. El minúsculo despacho del profesor Dorado era un caos de libros y papeles tirados por el suelo; no había quedado prácticamente ninguno sobre las estanterías. Era como si por allí hubiera pasado un ciclón. Todo estaba patas arriba, incluso el ordenador se encontraba en el suelo, y la pantalla estaba destrozada. El hilo de teléfono había sido arrancado con tanta violencia que se había llevado parte del yeso de la pared. Carlos y yo mirábamos aquello en silencio. Al cabo de un rato intentamos entrar, pisando sin remedio los montones de libros que impedían un paso seguro.

—¿Dónde está el profesor? —pregunté de pronto, tratando en vano de encontrar a don Armando.

Carlos reaccionó igual que yo, mirando a un lado y a otro buscando el cuerpo del profesor bajo aquel maremágnum de papel.

—¡Aquí no está! —dijo sin mirarme—. Esto no me gusta... no me gusta nada. —Negaba con la cabeza continuamente, con la mirada perdida entre el montón de libros que teníamos ante nosotros.